

Cuando el fútbol no es un buen negocio

“Revelan nexos narco-fútbol”, tituló a toda página *El Norte*, periódico de Monterrey (11 octubre 2003). El colombiano Jorge Mario Ríos Laverde había expresado, a efectos migratorios, ser el vicepresidente de la empresa Sport Sociedad Anónima de Capital Variable. La razón social de la empresa era la representación de futbolistas. Meses después fue detenido y extraditado a los Estados Unidos por comerciar con cocaína.

Ya en los Estados Unidos, Ríos Laverde se explayó sobre su relación con el fútbol. Declaró que fue instrumental en el traspaso del mediocampista colombiano Carlos Enrique Gutiérrez Ortega. En 2002 pasó del Atlético Nacional de Medellín al Necaxa de la ciudad de México. Hoy Gutiérrez Ortega vende sus cualidades futbolísticas a los Lagartos de Tabasco, en el Caribe.

Añadió Ríos Laverde que su domicilio laboral en México era la empresa Promotora Internacional Fut Soccer. El propietario es el mexicano Guillermo Lara. Éste ha estado relacionado con una carrera asuntos turbios en el mundo futbolístico mexicano. Hasta ahora sus manejos no incluían una relación con el comercio de drogas. El promotor futbolístico, no obstante, negó conocer a Ríos Laverde.

Lara fue representante del defensa colombiano Carlos Álvarez Maya. Al jugador retirado del Necaxa lo detuvieron en julio de 2003 en el aeropuerto de la ciudad de México. Pretendía volar hacia Bogotá con un millón de dólares en su maleta. Ese dineral, según los informes oficiales, estaba destinado al pago de un cargamento de cocaína.

Lo oblicuo de estas relaciones no vienen sino a ratificar una evidencia. En México la relación entre fútbol y comercio de drogas ha sido tangencial. Bastante más marginal de lo que podría preverse del potencial económico del segundo y de la popularidad del primero.

Fuera de los lavabos y los palcos, quien más cerca ha estado de escenificar una unión más intensa fue el acaudalado y afamado empresarios de drogas Amado Carrillo Fuentes. En 1996 trató de comprar el estadio de fútbol Corregidora, en la ciudad central de Querétaro. Ofreció al gobierno estatal, propietario del coliseo, 25 millones de dólares al contado por el estado y 10 millones más por 20 hectáreas adyacentes. Queda el aire imaginar para qué quería Carrillo Fuentes un estadio de fútbol en el que por entonces no se celebraban partidos oficiales.

Con menos ínfulas, Pedro Lupercio Serratos, exportador de drogas de Guadalajara, fue propietario del equipo Los Del-

finos de Puerto Vallarta, el centro turístico del Pacífico. Tan poca atención financiera y personal le prestó al equipo que se vio sumido en una crisis de resultados que desembocó en su desaparición.

Más modesto aún, Luis Ignacio Amezcua Contreras, exportador de metanfetaminas, financiaba un equipo de fútbol en el Reclusorio Preventivo Sur de la ciudad de México. Les recompensaba sus victorias con gratificaciones. El industrial de las drogas Ramón Alcides Magaña se contentó con financiar la construcción de un humildísimo campo de fútbol en su pueblo natal, Punta Brava, en el estado caribeño de Tabasco. Rolando López Salinas era propietario de un rancho en el estado fronterizo de Tamaulipas con campo de fútbol incorporado.

A Armando Valencia Cornejo, exportador de marihuana, lo detuvieron en un restaurante. Visionaba un partido de fútbol entre los combinados nacionales de México y Colombia. Pistas de aterrizaje para aviones cargados con droga son camufladas como campos de fútbol. Varios ejecutados por asuntos de drogas han sido abandonados en canchas de fútbol.

En la casa de Puebla donde detuvieron a Benjamín Arellano Félix, buen aficionado al fútbol en su adolescencia de Guadalajara, se encontró un balón de fútbol con el emblema del club capitalino Cruz Azul. En entrevista se declararía inocuo seguidor de la selección brasileña. Una camiseta de Cruz Azul la lucía un acompañante del ex gobernador del estado caribeño de Quintana Roo, Mario Villanueva Madrid, en el momento de ser detenido por protección a empresarios de drogas.

Relaciones menores, en todo caso. Muy menores cuando se comparan con otras experiencias internacionales. Sin ir más lejos, este mismo mes la Policía Nacional de Nicaragua detenía al colombiano Guillermo Anaya Nungo. Este exportador de cocaína aportaba mil dólares mensuales al devengo de salarios de los jugadores del San Marcos, equipo de la modestísima primera división nicaragüense.

Pero si en algún lugar ha existido cohabitación entre el fútbol y el comercio de drogas ha sido Colombia. Hay un periodo de la historia futbolística del país andino, entre finales de los ochenta y principios de los noventa, que no puede entenderse sin el combustible del comercio de drogas.

En ese tiempo, las rivalidades y los afectos del empresariado de las drogas se trasladaron al terreno de juego. José Gonzalo Rodríguez Gacha era accionista mayoritario del Millo-

narios de Bogotá. Lo había comprado a otro exportador de cocaína, Elmer Tamayo. En 2001 el estado expropió a la esposa de Rodríguez Gacha del 30% de las acciones del club. El industrial jugaba en su rancho partidos de fútbol privados aderezados con las estrellas del equipo.

Los hermanos Gilberto José y Miguel Rodríguez Orejuela eran propietarios del América de Cali. El América y los Millonarios fueron prolijos en la contratación de estrellas rutilantes del escenario futbolístico internacional. El guardameta argentino Sergio Goycochea o el goleador también argentino Ricardo Gareca vivieron esta época dorada. De tamaño inversión se derivó que el América ganase 7 campeonatos colombianos entre 1981 y 1992 y dos títulos fueron para el Millonarios de Bogotá.

Los dos entorchados restantes en ese periodo los dejaron para el Atlético Nacional de Medellín, propiedad primero de Hernán Botero Moreno. Fue extraditado en 1984 a Estados Unidos por blanqueo de capitales. En protesta por esta entrega, el organismo rector del fútbol profesional colombiano convocó entonces una jornada de piernas caídas.

La extradición de Botero Moreno no paró la participación de empresarios de drogas en el equipo. El Atlético Nacional funcionó después bajo el largo brazo de Pablo Escobar Gaviria. Como Rodríguez Orejuela, Escobar Gaviria era poseedor de los derechos federativos de numerosos futbolistas.

Frente a la opción internacionalista de sus colegas, Escobar Gaviria traspasó su difusa ideología nacionalista. Siguiendo una tradición histórica del Atlético Nacional, contrató lo mejor del panorama futbolístico colombiano. En esa época pasaron por el equipo el defensa Leonel Álvarez, el delantero Faustino Asprilla o el estafalario portero René Higuita. Éste era visitante habitual de Escobar Gaviria en la lujosa prisión particular que se construyó en Envigado. Por supuesto, la cárcel privada contaba con cancha de fútbol.

El repaso de las conexiones entre drogas y equipos de fútbol no se acaba en los grandes. El Deportivo Pereira fue propiedad de otro notorio exportador de drogas Octavio Piedrahíta, asesinado en 1986. Piedrahíta había pasado antes por la presidencia del Atlético Nacional. El Deportivo Independiente Santa Fe de Bogotá fue sucesivamente propiedad de dos exportadores de cocaína —Fernando Carrillo y Fánor Arizabaleta Arzayus— y un blanqueador, César Villegas Arciniegas.

Elkin Correa era accionista del Deportivo Independiente de Medellín, el equipo de los amores de su socio y aliado, Escobar Gaviria. Pese a su participación personal en el archirival Atlético Nacional, Escobar Gaviria declaró: “Del Atlético Nacional son hinchas las niñas de clase media; del [Deportivo Independiente de] Medellín, los duros del pueblo, del barrio”. La radical declaración de intenciones no evitó que a su fallecimiento le pusiesen la bandera del Atlético Nacional sobre su ataúd.

La disyuntiva es evidente: ¿por qué no en México? Se daban las condiciones más propicias. Un fútbol profesional con déficit de fondos y un comercio de drogas siempre prolijo en efectivo. Pero la condición necesaria no implica la condición suficiente. Existen un puñado de buenas razones que separan al fútbol mexicano de sus más promiscuos empresarios de drogas.

Las preferencias personales son un buen impedimento. Aunque no han faltado los empresarios de drogas enamorados del arte futbolístico, la mayor parte de la patronal del

sector compartía orígenes territoriales y sociales poco afines al fútbol. Con la excepción de Guadalajara, ningún gran empresario de drogas convivió en su infancia rural o urbana con un equipo de elite en primera división. El boxeo y el béisbol, incluso el fútbol americano, gozaban de mayor popularidad en los viveros del gremio.

Con o sin gusto personal, los altos costes de entrada implican una barrera casi prohibitiva para la mayor parte de los empresarios de drogas. Aunque unos pocos hicieron grandes fortunas, su caudal financiero palidece de envidia ante las riquezas de algunos propietarios, individuales o empresariales, de equipos de fútbol. Es difícil competir con el potencial económico, por ejemplo, de Televisa y TV Azteca, propietarias de casi todos los equipos mexicanos de elite.

Aún admitiendo la existencia de capital y devoción suficiente, pasar a la gestión corporativa del fútbol es un paso difícil y relleno de inconvenientes. Los réditos empresariales no son un factor de atracción sino todo lo contrario. Pese a tener un volumen de negocio de 216.000 millones de dólares en todo el mundo, la mitad de la renta nacional de México, el fútbol es un proyecto azaroso no apto para el cartesianismo empresarial. Sujeto a demasiados riesgos y casi nunca rentable por los altos costes laborales, parece una mala opción para una inversión.

Sin el imán de los beneficios, el fútbol ha engatusado a empresarios, también a los colombianos, que perseguían las rentas del palco o estatus social. Pero en esto, como en todo, hay clases. El valor de los negocios que se cocinan al vapor de las noches europeas de fútbol son impensables en México. Los empresarios de drogas no encontrarán en ese humus el ambiente propicio para hacer avanzar sus actividades ilegales. Más barato y más orientado a clientes específicos es la organización de grandiosas fiestas particulares.

La búsqueda de estatus asociada a la propiedad de un equipo tampoco parece acicate suficiente para atraer a los empresarios de drogas en México. Los focos de la prensa deportiva llaman la atención del público sobre el individuo y sus negocios. Una visibilidad que se trasladaría a las solicitudes de protección por parte de policías de toda calaña.

Con el fútbol como catalizador de muchas pasiones, un potencial empresario de drogas en la cúspide futbolera despertaría envidias y fobias entre el público de alta cama y de baja estopa. Es éste el camino más directo para que a las cinco de la mañana no llame el lechero a la puerta —el ideal democrático de Winston Churchill— sino las fuerzas de seguridad.

No son estos asuntos veniales para decidir el fondo de una inversión. Ante tamaños riesgos, en México el comercio de drogas y el fútbol, como el deporte en general, han mantenido unas relaciones que puede describirse como de mutua ignorancia. Esta disociación tuvo su más patética recreación en el depauperado poblado de Mazatlán, en el estado sureño de Oaxaca.

En una playa de la localidad aterrizó averiado un bimotor. Los lugareños saquearon el avión. Entre otros enseres arramplaron con unos misteriosos paquetes que contenían polvo blanco. Armando Olivares lo utilizó para pintar las líneas de la cancha de béisbol del equipo local: Los Relámpagos. Regó sobre el diamante millón y medio de dólares en cocaína. Se desconoce si la aportación dopante mejoró el rendimiento de los jugadores, si ese partido lo jugaron como verdaderos relámpagos. ◀